

## [DE LA PACIENCIA.]

### ADVERTENCIA SOBRE EL LIBRO DE LA PACIENCIA.

Erasmus expresó su juicio sobre el autor de este opúsculo con estas palabras: "No es de Agustín, lo indica el estilo, congruente con el de los libritos anteriores". Los libritos anteriores en la edición de Erasmo son, sobre la Continencia, sobre la Sustancia del amor, sobre la Fe de las cosas invisibles, etc., los cuales él mismo consideró que debían ser rechazados por el estilo y atribuidos a Hugo de San Víctor. Admitimos que el estilo de este opúsculo es el mismo que el del libro sobre la Continencia, y las sentencias y pasajes son muy similares. Sin embargo, ciertamente se demuestra que el mencionado libro sobre la Continencia, al cual el opúsculo sobre la Paciencia se une inmediatamente en la edición de Erasmo, es de Agustín, como se demuestra arriba, en la Advertencia prefijada a dicho libro, col. 347-348. Lo que observamos allí, que el libro sobre la Continencia es un sermón, también es útil anotar sobre el opúsculo siguiente, bajo cuyo inicio Agustín habla así, cap. 1: "Ahora, pues, la paciencia humana, que podemos comprender y debemos tener, de qué tipo es... en la medida que lo permita la brevedad del presente sermón, lo expondré". Y más adelante, cap. 3: "Miremos, pues, carísimos", etc. De aquí se entiende por qué Agustín no incluyó tales opúsculos en los libros de Retracciones que tenemos, ya que estaba meditando otra obra de Retracciones para revisar sus Sermones y Cartas. Sobre esto escribe en la carta 224 a Quodvultdeus, n. 2: "Ya había completado dos volúmenes, revisando todos mis libros", etc. Quedaban las cartas, luego los tratados populares, que los griegos llaman homilías. Sin embargo, Agustín menciona ambos opúsculos, sobre la Continencia y sobre la Paciencia, y reconoce que son suyos en la carta 231, n. 7, a Darío. Este testimonio de Agustín mismo impide que contemos el libro siguiente entre los opúsculos dudosos, en cuyo estilo realmente nos movía no poco el tipo de discurso, que termina generalmente y de manera muy estudiada con un sonido similar de palabras. Sea ejemplo de esto lo del capítulo 12, donde se compara a Adán con Job: "Este fue más cauteloso en los dolores, que aquel en los bosques: aquel fue vencido en los deleites, este venció en los sufrimientos; aquel consintió en los placeres, este no cedió en los tormentos".

Por lo demás, este libro refleja la doctrina genuina de Agustín, y no tiene nada en absoluto contrario o menos acorde con él. En el capítulo 13, se reprende a los donatistas que se quitan la vida, sin mencionar su nombre: en ese lugar, si bien no se responde al ejemplo de Razias, que comenzaron a presentar desde el segundo libro de los Macabeos en el año 420, se puede conjeturar que el sermón tuvo lugar antes de ese tiempo. Más adelante, también en el capítulo 15, donde se discute contra los adversarios de la gracia divina, aún se omite el nombre de los pelagianos; a quienes Agustín solía acusar abiertamente y por su nombre desde el año 418.

En el capítulo 26, entendemos que algunos dudan, porque se dice que la paciencia del cismático, que sufre no por amor, sino por temor al infierno, para no negar a Cristo, es digna de alabanza, y se piensa que esto le será de alguna utilidad, para que su condenación sea más tolerable. Pero esto ciertamente no es ajeno a Agustín, quien sobre el mismo infiel Fabricio en el libro 4 contra Juliano, cap. 3, dice: "Menos será castigado Fabricio que Catilina, no porque este sea bueno, sino porque aquel es más malo, y menos impío que Catilina es Fabricio, no teniendo verdaderas virtudes, sino no desviándose mucho de las verdaderas virtudes". Y en el libro sobre el Espíritu y la Letra, cap. 27, explicando el lugar del Apóstol a los Romanos, cap. 2, v. 14: "Si, pues, aquellos que naturalmente hacen lo que es de la ley, aún no deben ser considerados entre aquellos que la gracia de Cristo justifica, sino más bien entre aquellos de los cuales, incluso de los impíos, y de aquellos que no adoran al verdadero Dios verdadera y justamente, sin embargo, leemos, conocemos o escuchamos algunos hechos

que según la regla de la justicia no solo no podemos vituperar, sino que también merecidamente y justamente alabamos: aunque si se examina con qué fin se hacen, apenas se encuentran que merezcan la debida alabanza o defensa de la justicia", etc.

## S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA PACIENCIA, LIBRO ÚNICO. (C)

Al principio, Agustín distingue la verdadera paciencia de la falsa. Luego exhorta a abrazar la paciencia verdadera, por la cual se sufren males por la vida eterna y por amor a Dios. Finalmente, enseña que esta virtud de la paciencia no debe atribuirse a las fuerzas del libre albedrío, sino a la ayuda de la gracia divina.

### CAPÍTULO PRIMERO.

1. Cómo es la paciencia de Dios. La virtud del alma que se llama Paciencia es un don tan grande de Dios, que incluso la paciencia de aquel que nos la otorga, con la que espera a los malos para que se corrijan, es proclamada. Así, aunque Dios no puede sufrir nada, y la paciencia ha tomado su nombre de sufrir, sin embargo, no solo creemos fielmente que Dios es paciente, sino que también lo confesamos saludablemente. Pero, ¿quién puede explicar con palabras cómo y cuán grande es la paciencia de Dios, a quien decimos que no sufre nada, ni es impaciente, sino que es sumamente paciente? Esa paciencia es, por tanto, inefable, como su celo, como su ira, y si hay algo semejante. Porque si pensamos en estas cosas como nuestras, no están en Él. Nada de esto sentimos sin molestia: pero lejos esté de nosotros sospechar que la naturaleza impasible de Dios sufre alguna molestia. Así como Él tiene celo sin envidia, se enoja sin perturbación, se compadece sin dolor, se arrepiente sin corregir ninguna de sus propias maldades: así es paciente sin pasión alguna. Ahora, pues, la paciencia humana, que podemos comprender y debemos tener, de qué tipo es, en la medida que el Señor lo concede, y en la medida que lo permite la brevedad del presente sermón, lo expondré.

### CAPÍTULO II.

2. Qué es la paciencia recta y cuán útil es. La paciencia del hombre, que es recta y loable y digna del nombre de virtud, se dice que es aquella por la cual soportamos con ánimo ecuánime los males, para no abandonar con ánimo iniquo los bienes, por los cuales llegamos a mejores cosas. Por lo tanto, los impacientes, mientras no quieren sufrir males, no logran librarse de los males, sino que sufren males más graves. Pero los pacientes, que prefieren soportar los males no cometiéndolos, que no soportándolos cometerlos, hacen más leves los que sufren por paciencia, y evitan peores en los que se hundirían por impaciencia. No pierden los bienes eternos y grandes, mientras no ceden a los males temporales y breves: porque "no son dignos de comparación los sufrimientos de este tiempo", como dice el Apóstol, "con la futura gloria que se revelará en nosotros" (Rom. VIII, 18). Y nuevamente dice: "Porque lo que es temporal y leve de nuestra tribulación, en increíble manera produce para nosotros un eterno peso de gloria" (II Cor. IV, 17).

### CAPÍTULO III.

3. Cuánta es la paciencia de los inicuos. Miremos, pues, carísimos, cuán grandes cosas soportan los hombres en trabajos y dolores, por las cosas que aman viciosamente, y cuanto más felices creen hacerse con ellas, tanto más infelices las desean. ¡Cuánto por riquezas falsas, cuánto por honores vanos, cuánto por afectos lúdicos se toleran pacientemente las

cosas más peligrosas y molestas! Vemos a los ávidos de dinero, gloria, lujuria, para llegar a lo deseado, y no carecer de lo obtenido, soportar soles, lluvias, hielos, olas, y tempestades tormentosas, las asperezas e incertidumbres de las guerras, los golpes de heridas inmensas, y heridas horribles, no por necesidad inevitable, sino por voluntad culpable. Pero estas locuras parecen de algún modo lícitas.

#### CAPÍTULO IV.

Estas son alabadas por los vanos. Pues la avaricia, la ambición, la lujuria, y los placeres de varios juegos, a menos que se cometa algún crimen por ellos, o un escándalo prohibido por las leyes humanas, se consideran parte de la inocencia: es más, quien sin fraude de nadie, ya sea para tener o aumentar dinero, o para obtener o retener honores, o en la competición atlética, ya sea cazando, o exhibiendo algo teatralmente para el aplauso, ha soportado grandes trabajos y dolores, no solo no es reprimido por la vanidad popular, sino que además es exaltado con alabanzas: "Porque es alabado", como está escrito, "el pecador en los deseos de su alma" (Sal. IX, 3). Pues la fuerza de los deseos hace la tolerancia de los trabajos y dolores: y nadie, sino por lo que deleita, asume voluntariamente soportar lo que atormenta. Pero estas, como dije, son concupiscencias que, para ser satisfechas, quienes arden en ellas, soportan muchas cosas duras y amargas pacientemente, se consideran lícitas y permitidas por las leyes.

#### CAPÍTULO V.

4. La inmensa tolerancia de Catilina y de los ladrones. ¿Qué decir de aquellos que, incluso por crímenes manifiestos, no para castigarlos, sino para perpetrarlos, soportan muchas cosas gravísimas? ¿No hablan los autores de las letras seculares de cierto parricida nobilísimo de la patria, que podía soportar hambre, sed, frío, y cuyo cuerpo era paciente de inanición, frío, vigilia, más allá de lo que cualquiera puede creer (Sallust., Catil. cap. 5)? ¿Qué decir de los ladrones, todos los cuales, cuando acechan a los viajeros, pasan noches insomnes, y para sorprender a los inocentes transeúntes, bajo cualquier inclemencia del cielo, fijan su ánimo y cuerpo culpable? Algunos de ellos incluso se dice que se torturan entre sí, de modo que el ejercicio contra las penas no difiere en nada de las penas. No son tanto torturados por el juez para que se busque la verdad de los que sufren, como por sus compañeros para que no se revele por los que padecen. Y sin embargo, en todas estas cosas, la paciencia es más para ser admirada que alabada: es más, ni admirada ni alabada, porque no existe; sino que es la dureza la que debe ser admirada, la paciencia negada: nada hay allí que deba ser justamente alabado, nada que deba ser útilmente imitado; y tanto más correctamente juzgarás digno de mayor castigo al ánimo, cuanto más somete a los vicios los instrumentos de las virtudes. La paciencia es compañera de la sabiduría, no sierva de la concupiscencia: la paciencia es amiga de la buena conciencia, no enemiga de la inocencia.

#### CAPÍTULO VI.

5. La causa del sufrimiento distingue la verdadera paciencia de la falsa. Cuando, pues, veas a alguien sufrir algo pacientemente, no alabes inmediatamente la paciencia, que no se muestra sino por la causa del sufrimiento. Cuando aquella es buena, entonces esta es verdadera: cuando aquella no se contamina con la concupiscencia, entonces esta se distingue de la falsedad. Pero cuando aquella se mantiene en el crimen, entonces se yerra mucho en el nombre de esta. Pues no todos los que saben son partícipes de la ciencia, así tampoco todos los que sufren son partícipes de la paciencia: sino que quienes usan correctamente la pasión, estos son alabados por la verdad de la paciencia, estos son coronados por el don de la paciencia.

## CAPÍTULO VII.

6. Cuánto deben sufrir los piadosos por la salvación eterna, si tanto sufren los malos por la vida temporal. No solo se cuida del alma, sino también del mismo cuerpo soportando la muerte y los dolores. Sin embargo, cuando por las lujurias, o incluso por los crímenes, finalmente por esta vida y salud temporal, los hombres sufren muchas cosas horribles de manera admirable; nos advierten suficientemente cuánto debe sufrirse por la vida buena, para que también después pueda ser eterna, y sin ningún término de tiempo, sin detrimento de ninguna utilidad, segura en verdadera felicidad. El Señor dice: "En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas" (Luc. XXI, 19): no dice, vuestras villas, vuestras alabanzas, vuestras lujurias; sino, "vuestras almas". Si, pues, el alma sufre tanto para poseer lo que perece, ¿cuánto debe sufrir para no perecer? Luego, para decir aquello que no es culpable, si sufre tanto por la salud de su carne entre las manos de los médicos que cortan o queman, ¿cuánto debe sufrir por su salud entre las furias de cualquier enemigo? Cuando los médicos, para que el cuerpo no muera, aconsejan al cuerpo a través de penas; pero los enemigos, amenazando penas y muerte al cuerpo, incitan para que el alma y el cuerpo mueran en el infierno.

7. Aunque también se cuida más prudentemente del mismo cuerpo, si su salud temporal se desprecia por la justicia, y se sufre pacientemente la pena o la muerte por la justicia. Pues de la redención del cuerpo que será en el fin, habla el Apóstol, donde dice: "Y nosotros mismos gemimos en nosotros mismos, esperando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo". Luego añadió: "Porque en esperanza fuimos salvos. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza: porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo esperamos" (Rom. VIII, 23-25).

## CAPÍTULO VIII.

El uso de la paciencia en el alma y en el cuerpo. Cuando, pues, algunos males atormentan, pero no extorsionan malas obras, no solo se posee el alma por la paciencia; sino que también cuando por la paciencia el cuerpo mismo es afligido o perdido temporalmente, se retoma en estabilidad y salud eterna, y se le asegura a través del dolor y la muerte una salud inviolable y una feliz inmortalidad. Por lo cual el Señor Jesús, exhortando a la paciencia a sus mártires, incluso prometió la futura integridad del mismo cuerpo sin la pérdida de, no digo un miembro, sino de un cabello. "En verdad os digo", dice, "ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Luc. XXI, 18). Para que, ya que "nadie jamás", como dice el Apóstol, "aborreció su propia carne" (Ephes. V, 29), el hombre fiel vigile más por la paciencia que por la impaciencia por el estado de su carne, y compense las pérdidas presentes de ella con el inestimable lucro de la futura incorruptibilidad.

8. Aunque la paciencia es una virtud del alma, sin embargo, en parte el alma la usa en sí misma, y en parte en su cuerpo. En sí misma usa la paciencia, cuando, estando el cuerpo ileso e intacto, es incitada por los estímulos de cualquier adversidad o vileza de cosas o palabras a hacer o decir algo que no conviene o no es decoroso, y soporta pacientemente todos los males, para no cometer algo malo con obra o palabra.

## CAPÍTULO IX.

Paciencia del alma. Por esta paciencia soportamos, incluso mientras estamos sanos de cuerpo, que entre los escándalos de este siglo se difiera nuestra bienaventuranza: de donde se dijo lo

que mencioné poco antes, "Si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo esperamos". Con esta paciencia el santo David soportó las injurias del que le injuriaba, y aunque fácilmente podía vengarse, no solo no lo hizo, sino que además contuvo a otro que se dolía y se movía por él (II Reg. XVI, 5-12); y aplicó el poder real más prohibiendo que ejerciendo la venganza. Y entonces su cuerpo no era afligido por ninguna enfermedad o herida, sino que se reconocía el tiempo de la humildad, y se soportaba la voluntad de Dios, por la cual se bebía con ánimo muy paciente la amargura de la injuria. Esta paciencia enseñó el Señor, cuando a los siervos conmovidos por la mezcla de la cizaña, y queriendo recogerla, dijo que el padre de familia respondió: "Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega" (Matth. XIII, 30). Pues es necesario soportar pacientemente lo que no conviene quitar apresuradamente. De esta paciencia Él mismo dio y mostró ejemplo, cuando antes de la pasión de su cuerpo, soportó al discípulo Judas como ladrón antes de mostrarlo como traidor (Joan. XII, 6, y XIII, 29); y antes de la experiencia de las cadenas y la cruz y la muerte, no negó el beso de paz a sus labios engañosos (Matth. XXVI, 29). Todas estas cosas, y si hay otras que sería largo de mencionar, pertenecen a ese modo de paciencia, por el cual el alma soporta pacientemente en sí misma cualquier mal externo, con su cuerpo completamente ileso.

## CAPÍTULO X.

Paciencia en las incomodidades externas. Ambas paciencias en los mártires. Mayor es el combate de la paciencia cuando el diablo asedia. Otro es el modo de paciencia, por el cual el mismo alma soporta cualquier cosa molesta y grave en las pasiones de su cuerpo; no como los hombres necios o malignos, para obtener cosas vanas o perpetrar crímenes; sino como ha sido definido por el Señor, "por causa de la justicia" (Matth. V, 10). De ambos modos lucharon los santos mártires. Pues fueron saturados de injurias de los impíos, donde el alma, con el cuerpo intacto, soporta algunas como si fueran sus propias heridas; y en sus cuerpos fueron atados, encerrados, afectados por el hambre y la sed, torturados, cortados, desgarrados, quemados, asesinados: y con piedad inmutable sometieron su mente a Dios, mientras sufrían en la carne cualquier cosa que la crueldad inquisitiva pensara.

9. Mayor es ciertamente el combate de la paciencia, cuando no el enemigo visible persigue y asedia abiertamente, quien es vencido claramente y abiertamente por el que no consiente; sino el mismo diablo, quien incluso a través de los hijos de la infidelidad, como a través de sus propios vasos, persigue a los hijos de la luz, ataca ocultamente por sí mismo, instando con furia a que se haga o se diga algo contra Dios.

## CAPÍTULO XI.

Paciencia del santo Job. Tal experiencia tuvo el santo Job, afligido por ambas tentaciones, pero en ambas invicto por la fortaleza de la paciencia y las armas de la piedad. Pues primero, con su cuerpo ileso, perdió todo lo que tenía, para que el alma, antes del tormento de su carne, al serle sustraídas las cosas que los hombres suelen valorar mucho, se quebrara, y hablara algo contra Dios, por las cosas perdidas por las cuales se pensaba que lo adoraba. También fue golpeado por la repentina pérdida de todos sus hijos, para que aquellos que había recibido uno a uno, los perdiera juntos, como si su número no hubiera sido para adornar su felicidad, sino para aumentar su calamidad. Pero cuando, habiendo soportado estas cosas, permaneció inmóvil en su Dios, aferrado a su voluntad, a quien no podía perder sino por su propia voluntad; y por las cosas que perdió, retuvo a quien las quitó, en quien encontró lo que nunca perecería. Pues no fue aquel quien quitó, quien tuvo la voluntad de dañar, sino aquel quien dio el poder.

## CAPÍTULO XII.

Job más cauteloso que Adán. El enemigo atacó no solo el cuerpo, sino al hombre mismo en la medida en que pudo herirlo. Desde la cabeza hasta los pies ardían dolores, hervían gusanos, fluía pus: permanecía en el cuerpo putrefacto un alma íntegra, soportando los horribles tormentos de la carne que se descomponía con piedad inviolada y paciencia incorrupta. Estaba presente la esposa, pero no brindaba ayuda alguna al hombre, sino que sugería blasfemia contra Dios. Pues el diablo, aunque había quitado también a los hijos, no la había dejado por ignorancia de hacer daño; ya había aprendido en Eva cuán necesaria era para el tentador (Gén. III, 1-6). Pero ahora no encontró a otro Adán que pudiera capturar a través de la mujer. Este fue más cauteloso en los dolores que aquel en los bosques: aquel fue vencido en las delicias, este venció en los sufrimientos; aquel consintió en los placeres, este no cedió ante los tormentos. También estaban presentes los amigos, no para consolar en los males, sino para sospechar del mal. Pues no creían que quien sufría tanto fuera inocente, ni callaba su lengua lo que la conciencia de él no tenía; de modo que entre los inmensos tormentos del cuerpo, también el alma era herida por falsas injurias. Pero él, soportando en la carne sus dolores, en el corazón los errores ajenos, corregía la insensatez de la esposa, enseñaba sabiduría a los amigos, mantenía la paciencia en todo lugar.

## CAPÍTULO XIII.

10. La impaciencia de los donatistas que se suicidan cuando son buscados por los católicos. Que miren a este, quienes se imponen la muerte cuando son buscados para la vida; y al quitarse la presente, niegan también la futura. Si fueran obligados, como los verdaderos mártires, a negar a Cristo o a hacer algo contra la justicia, deberían soportar todo pacientemente antes que impacientemente infligirse la muerte. Si esto pudiera hacerse correctamente para evitar males, el santo Job se habría quitado la vida para escapar de tantos males en sus bienes, en sus hijos, en sus miembros, de la crueldad diabólica. Pero no lo hizo. Lejos esté de él, hombre sabio, cometer en sí mismo lo que ni siquiera la mujer insensata sugirió. Porque incluso si lo hubiera sugerido, con razón habría escuchado lo que oyó al sugerir la blasfemia: Has hablado como una de las mujeres insensatas. Si hemos recibido el bien de la mano de Dios, ¿no soportaremos el mal? (Job I, II, etc.). Y él habría perdido la paciencia, ya sea blasfemando, como ella quería, o matándose, lo que ni siquiera ella se atrevió a decir, habría muerto: y estaría entre aquellos de quienes se ha dicho, ¡Ay de los que han perdido la paciencia! (Ecli. II, 16), y aumentaría más bien que evadiría las penas, quien después de la muerte de su cuerpo, sería llevado a los castigos de blasfemos, homicidas, o incluso más que parricidas. Pues si el parricida es más criminal que cualquier homicida, porque no solo mata a un hombre, sino también a un pariente; y entre los mismos parricidas, cuanto más cercano es el pariente que uno mata, tanto más se le juzga inhumano: sin duda es peor quien se mata a sí mismo; porque nadie es más cercano al hombre que él mismo. ¿Qué hacen, pues, los miserables, que cuando aquí se infligen a sí mismos, y después no solo pagan las penas debidas por la impiedad contra Dios, sino también por la crueldad que ejercieron en sí mismos, además buscan las glorias de los mártires? Pues incluso si sufrieran persecución por el verdadero testimonio de Cristo, y se mataran para no sufrir nada de los perseguidores, con razón se les diría, ¡Ay de los que han perdido la paciencia! ¿Cómo se otorga la justa recompensa de la paciencia, si también se corona la pasión impaciente? ¿O cómo se juzga inocente a quien se le ha dicho, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XIX, 19), si comete homicidio en sí mismo, lo que se le prohíbe cometer en el prójimo?

## CAPÍTULO XIV.

11. La paciencia de los buenos. Escuchen, pues, los santos de las Escrituras santas los preceptos de la paciencia: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor, y prepara tu alma para la tentación: humilla tu corazón, y soporta; para que crezca en tus últimos días tu vida. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y en el dolor soporta, y en tu humildad ten paciencia. Porque en el fuego se prueba el oro y la plata, y los hombres aceptables en el horno de la humillación (Ecli. II, 1-5). Y en otro lugar se lee: Hijo, no desmayes en la disciplina del Señor, ni te fatigues cuando de él eres reprendido. Porque el Señor corrige a quien ama; y azota a todo hijo que recibe (Prov. III, 11 y 12). Lo que aquí se ha puesto, hijo que recibe; esto en el testimonio mencionado antes es, hombres aceptables. Pues es justo que quienes fuimos expulsados de la felicidad original del paraíso por el apetito contumaz de las delicias, seamos recibidos por la humilde paciencia de las molestias: huyendo de los males haciendo el mal, regresando sufriendo el mal; allí actuando contra la justicia, aquí sufriendo por la justicia.

## CAPÍTULO XV.

12. La paciencia no proviene de las fuerzas del libre albedrío, sino de la ayuda divina. Pero la verdadera paciencia, que es digna del nombre de virtud, debe buscarse de dónde se obtiene. Hay quienes la atribuyen a las fuerzas de la voluntad humana, no las que tienen por la ayuda divina, sino las que tienen por el libre albedrío. Pero este error es soberbio: es de aquellos que abundan, de quienes se dice en el Salmo: Oprobio para los que abundan, y desprecio para los soberbios (Sal. CXXII, 4). No es, pues, esta la paciencia de los pobres, que no perece eternamente (Sal. IX, 19). Estos pobres la reciben de aquel rico, a quien se dice, Tú eres mi Dios, porque de mis bienes no tienes necesidad (Sal. XV, 2); de quien es todo don perfecto, y todo regalo perfecto (Santiago I, 17); a quien clama el necesitado y pobre, que alaba su nombre, y pidiendo, buscando, llamando, dice: Dios mío, líbrame de la mano del pecador, y de la mano del transgresor de la ley y del iniquo: porque tú eres mi paciencia, Señor, mi esperanza desde mi juventud (Sal. LXX, 4 y 5). Pero estos que abundan, y se niegan a necesitar de Dios, para no recibir de él la verdadera paciencia, gloriándose de su falsa, quieren confundir el consejo del pobre, porque el Señor es su esperanza (Sal. XIII, 6). Y no consideran que siendo hombres, y atribuyendo tanto a su voluntad, es decir, a la humana, incurren en lo que está escrito: Maldito el hombre que pone su esperanza en el hombre (Jerem. XVII, 5). Por lo tanto, aunque les suceda soportar cosas duras y ásperas, ya sea para no desagradar a los hombres, o para no sufrir cosas más graves, o complaciéndose a sí mismos y amando su presunción, con esa misma voluntad soberbia las soportan; debe decirse de su paciencia lo que el bienaventurado Santiago apóstol dice de la sabiduría: No es esta sabiduría la que descende de lo alto; sino terrena, animal, diabólica (Santiago III, 15). ¿Por qué no será la falsa paciencia de los soberbios, como es la falsa sabiduría de los soberbios? De quien es la verdadera sabiduría, de él es también la verdadera paciencia. A él canta aquel espíritu pobre: Mi alma está sujeta a Dios, porque de él es mi paciencia (Sal. LXI, 6).

## CAPÍTULO XVI.

13. Objeción: por qué las fuerzas de la voluntad no son suficientes para sufrir por la justicia, como lo son por la injusticia. Pero responden y dicen: Si la voluntad del hombre sin ninguna ayuda de Dios, con las fuerzas del libre albedrío, soporta tantas cosas graves y horrendas, ya sea en el alma, ya sea en el cuerpo, para disfrutar de la delectación de esta vida mortal y de los pecados; ¿por qué no de la misma manera esa misma voluntad del hombre, con las mismas fuerzas del libre albedrío, sin esperar ser ayudada divinamente, sino siendo suficiente por su posibilidad natural, soporta pacientemente cualquier trabajo o dolor que se le imponga,

por la justicia y la vida eterna? ¿O acaso, dicen, es idónea la voluntad de los inicuos, sin la ayuda de Dios, para ejercitarse a sí mismos en los tormentos por la iniquidad, y antes de ser torturados por otros; es idónea la voluntad de los amantes de esta vida, para perseverar sin la ayuda de Dios, entre los tormentos más atroces y prolongados en la mentira, para no ser mandados a matar confesando sus crímenes; y no es idónea la voluntad de los justos, a menos que se les sugieran fuerzas desde lo alto, para soportar cualquier pena, ya sea por la belleza de la justicia, ya sea por el amor a la vida eterna?

## CAPÍTULO XVII.

14. Solución: los inicuos tienen dureza por la codicia, los piadosos fortaleza por la caridad. La paciencia falsa es suficiente con la voluntad humana, pero no la verdadera. Quienes dicen esto, no entienden que cada uno de los inicuos es tanto más duro para soportar cualquier mal cuanto mayor es en él la codicia del mundo; y cada uno de los justos es tanto más fuerte para soportar cualquier mal cuanto mayor es en él la caridad de Dios. Pero la codicia del mundo tiene su inicio en el arbitrio de la voluntad, su progreso en la delectación del placer, su firmeza en el vínculo de la costumbre: pero la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones, no de nosotros, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Por lo tanto, de él es la paciencia de los justos, por quien se difunde su caridad. Alabando y recomendando esta caridad, el Apóstol, entre otras de sus bondades, dijo que todo lo sufre. La caridad, dice, es magnánima. Y poco después añade: Todo lo tolera (I Cor. XIII, 4 y 7). Cuanto mayor es, pues, en los santos la caridad de Dios, tanto más por lo que se ama, y cuanto mayor es en los pecadores la codicia del mundo, tanto más por lo que se concupiscencia, todo se tolera. Por lo tanto, de ahí es la verdadera paciencia de los justos, de donde es en ellos la caridad de Dios; y de ahí es la falsa paciencia de los inicuos, de donde es en ellos la codicia del mundo. Por lo cual dice el apóstol Juan: No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él: porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la ambición del siglo; no es del Padre, sino del mundo (I Juan II, 15 y 16). Esta concupiscencia, pues, que no es del Padre, sino del mundo, cuanto más vehemente y ardiente sea en el hombre, tanto más se hace uno por lo que concupiscencia, más paciente de todas las molestias y dolores. Por eso, como dijimos antes, no es esta paciencia la que descende de lo alto: la paciencia de los piadosos es de lo alto, descendiendo del Padre de las luces. Así que aquella es terrena, esta celestial; aquella animal, esta espiritual; aquella diabólica, esta divina. Porque la concupiscencia, por la cual los pecadores soportan todo pertinazmente, es del mundo; pero la caridad, por la cual los que viven rectamente soportan todo valientemente, es de Dios. Y por eso a esa falsa paciencia puede bastarle la voluntad humana sin la ayuda de Dios; tanto más dura, cuanto más codiciosa; y tanto más tolerando los males, cuanto más se hace peor: pero a esta, que es la verdadera paciencia, por eso la voluntad humana, a menos que sea ayudada y encendida desde lo alto, no le basta, porque el Espíritu Santo es su fuego; que a menos que encendida ame el bien impasible, no puede soportar lo que sufre el mal.

## CAPÍTULO XVIII.

15. Así como la caridad es de Dios, así de él es la verdadera paciencia que mana de la caridad. Pues como atestiguan las divinas escrituras, Dios es caridad, y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él permanece (I Juan IV, 16). Quienquiera, pues, que sostenga que se puede tener la caridad de Dios sin la ayuda de Dios, ¿qué otra cosa sostiene, sino que se puede tener a Dios sin Dios? ¿Quién, pues, dirá esto siendo cristiano, lo que ningún insensato se atrevería a decir? Exultando, pues, en el Apóstol la verdadera, piadosa y fiel paciencia, dice con boca de santos: ¿Quién nos separará de la caridad de Cristo?

¿Tribulación? ¿o angustia? ¿o persecución? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o espada? como está escrito, Porque por ti somos muertos todo el día, somos contados como ovejas de matadero. Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por aquel que nos amó: no por nosotros, sino por aquel que nos amó. Luego sigue y añade, Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo profundo, ni otra criatura podrá separarnos de la caridad de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 35-39). Esta es aquella caridad de Dios, que se ha difundido en nuestros corazones: no de nosotros, sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Pero la concupiscencia de los malos, por la cual en ellos hay falsa paciencia, no es del Padre, como dice el apóstol Juan, sino del mundo es.

## CAPÍTULO XIX.

16. Si la codicia es del mundo, ¿cómo es de la voluntad humana? Que alguien no sea del mundo, no es de la naturaleza, sino de la gracia. Aquí dirá alguien: Si la concupiscencia de los malos es del mundo, por la cual hacen que soporten todos los males por lo que de ellos se concupiscencia, ¿cómo se dice que es de su voluntad? Como si ellos mismos no fueran del mundo, cuando de ellos es amado el mundo, abandonando a aquel por quien fue hecho el mundo. Pues sirven a la criatura más que al Creador, quien es bendito por los siglos (Rom. I, 25). Ya sea, pues, que el apóstol Juan haya significado a los amantes del mundo con el vocablo mundo, la voluntad que es de ellos, sin duda es del mundo: o ya sea que con el nombre de mundo haya abarcado el cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos, es decir, toda la creación, sin duda la voluntad de la criatura, que no es del Creador, es del mundo. Por lo cual a tales el Señor les dice: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo (Juan VIII, 23). Pero a los apóstoles les dice: Si fuerais de este mundo, el mundo amaría lo que es suyo. Pero para que no se atribuyeran más a sí mismos de lo que su medida pedía, y pensaran que esto de no ser del mundo era de la naturaleza, no de la gracia: Pero porque, dice, no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia (Juan XV, 19). Por lo tanto, eran del mundo: pues para que no fueran del mundo, fueron elegidos del mundo.

## CAPÍTULO XX.

17. La elección de la gracia precede a todos los méritos buenos. La gracia da méritos, no se da por méritos. Precede a la fe. Esta elección, pues, no de méritos precedentes en buenas obras, sino elección de gracia, demostrando el Apóstol, así dice: Y en este tiempo las reliquias por elección de gracia han sido salvas. Y si es por gracia, ya no es por obras; de lo contrario la gracia ya no es gracia (Rom. XI, 5 y 6). Esta es la elección de gracia, es decir, la elección por la cual los hombres son elegidos por la gracia de Dios. Esta es, digo, la elección de gracia, por la cual todos los méritos buenos humanos son prevenidos. Pues si se da por méritos buenos, ya no se da gratuitamente, sino que se devuelve como deuda, y por lo tanto no se llama con verdadero nombre gracia; donde la recompensa, como dice el mismo apóstol, no se imputa según gracia, sino según deuda (Id. IV, 4). Pero si para que sea verdadera gracia, es decir, gratuita, no encuentra en el hombre nada a lo que se deba por mérito; lo cual se entiende bien también en lo que se ha dicho, Por nada los salvarás (Sal. LV, 8): ciertamente ella da méritos, no se da por méritos. Precede, pues, también a la fe, de la cual comienzan todas las buenas obras. Pues el justo, como está escrito, vivirá por la fe (Habac. II, 4). Ahora bien, la gracia no solo ayuda al justo, sino que también justifica al impío. Y por eso, incluso cuando ayuda al justo, y parece que se le devuelve por sus méritos, no deja de ser gracia; porque ayuda a lo que ella misma ha otorgado. Por esta gracia, pues, que precede a todos los méritos buenos humanos, no solo Cristo fue muerto por los impíos, sino que

también murió por los impíos (Rom. V, 6). Y antes de morir, no eligió a justos, sino a quienes serían justificados, los apóstoles, a quienes dijo, Yo os elegí del mundo. Pues a quienes dijo, No sois del mundo; y para que no pensarán que nunca habían sido del mundo, añadió enseguida, sino que yo os elegí del mundo: ciertamente para que no fueran del mundo, se les concedió por su elección en ellos. Por lo tanto, si por su justicia, no por su gracia, fueran elegidos, no serían elegidos del mundo: porque ya no serían del mundo, si ya fueran justos. Además, si por eso son elegidos, porque ya eran justos; ellos ya habrían elegido al Señor primero. Pues ¿quién puede ser justo, sino eligiendo la justicia? Pero el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Id. X, 4). Quien se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios; y justicia, y santificación, y redención: para que, como está escrito, El que se gloria, gloriése en el Señor (I Cor. I, 30, 31). Él es, pues, nuestra justicia.

## CAPÍTULO XXI.

18. También los antiguos fueron justificados por el don de la gracia y la fe antes de la encarnación. Sin fe, nadie ha sido jamás justo. Por lo tanto, los antiguos justos antes de la encarnación del Verbo fueron justificados en esta fe de Cristo y en esta verdadera justicia, que es Cristo para nosotros; creyendo en lo que nosotros creemos que ya ha sucedido: y ellos también fueron salvados por gracia mediante la fe, no por sí mismos, sino por el don de Dios; no por obras, para que no se gloríen (Efesios II, 8, 9). Sus buenas obras no precedieron a la misericordia de Dios, sino que la siguieron. Ellos escucharon y escribieron mucho antes de que Cristo viniera en carne: "Tendré misericordia de quien tendrá misericordia, y mostraré compasión a quien mostraré compasión". De estas palabras de Dios, mucho después, el apóstol Pablo diría: "Así que no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Éxodo XXXIII, 19, y Romanos IX, 15, 16). También es su voz mucho antes de que Cristo viniera en carne: "Dios mío, su misericordia me precederá" (Salmo LVIII, 11). ¿Cómo podrían estar alejados de la fe de Cristo, aquellos cuya caridad nos anunció a Cristo; sin cuya fe ningún mortal ha sido, es, ni podrá ser justo? Si, por lo tanto, los Apóstoles ya justos fueran elegidos por Cristo, primero ellos lo habrían elegido a Él, para que pudieran ser elegidos justos; porque sin Él no podrían ser justos. Pero no fue así: Él mismo les dijo: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros". Por eso dice el apóstol Juan: "No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó primero" (I Juan IV, 10).

## CAPÍTULO XXII.

19. Antes de la elección de la gracia, todos injustos. Siendo así, ¿qué es el hombre usando su propia voluntad en esta vida, antes de elegir y amar a Dios, sino injusto e impío? ¿Qué es, digo, el hombre, criatura errante de su Creador, si no es que su Creador se acuerde de él (Salmo VIII, 5), y lo elija gratuitamente, y lo ame gratuitamente? Porque él no puede elegir ni amar, a menos que primero sea elegido y amado, curado de su ceguera que no ve lo que debe elegir, y de su languidez que desprecia lo que debe amar. Pero tal vez alguien diga: ¿Cómo elige y ama Dios primero a los inicuos, para justificarlos, cuando está escrito: "Aborreces, Señor, a todos los que hacen iniquidad" (Salmo V, 7)? ¿Cómo lo creemos, sino de una manera maravillosa e inefable? Y sin embargo, también podemos pensar que un buen médico odia y ama al enfermo: lo odia porque está enfermo; lo ama para que su enfermedad sea curada.

## CAPÍTULO XXIII.

20. Cómo la caridad es fuente de verdadera paciencia, así la codicia es fuente de mala paciencia. Estas cosas se dicen por la caridad, sin la cual no puede haber verdadera paciencia en nosotros: porque en los buenos está la caridad de Dios, que todo lo soporta, así como en los malos está la codicia del mundo. Pero esta caridad está en nosotros por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Por lo tanto, de quien tenemos la caridad, de Él tenemos la paciencia. La codicia del mundo, cuando soporta pacientemente las cargas de cualquier calamidad, se gloria de las fuerzas de su propia voluntad, como de la estupidez de la enfermedad, no de la fortaleza de la salud. Esta es una gloria insana; no es de paciencia, sino de demencia. Esta voluntad parece tanto más paciente de los males amargos, cuanto más ávida es de los bienes temporales, porque es más vacía de los eternos.

#### CAPÍTULO XXIV.

21. La mala voluntad puede existir incluso sin la instigación de un espíritu maligno. Pero si un espíritu diabólico la agita e inflama con visiones engañosas y persuasiones impuras, y se asocia con una conspiración maligna, hace que la voluntad del hombre, ya sea por error demente, o por el ardor de cualquier deleite mundano: que cuando parece soportar maravillosamente lo intolerable, no obstante, la mala voluntad no puede existir sin la instigación de otro espíritu impuro, así como la buena voluntad no puede existir sin la ayuda del Espíritu Santo. Pues que la mala voluntad puede existir incluso sin algún espíritu que seduzca o incite, se muestra suficientemente en el mismo diablo, quien no por otro diablo, sino por su propia voluntad, se encuentra hecho diablo. Así, la mala voluntad, ya sea que sea arrastrada por la codicia, o retraída por el miedo, o difundida por la alegría, o contraída por la tristeza, y en todas estas perturbaciones del alma, desprecia y soporta lo que sea más grave en otros o en otro tiempo; puede, sin la instigación de otro espíritu, seducirse a sí misma, y cayendo de lo superior a lo inferior, cuanto más agradable considere lo que desea obtener, o teme perder, o se alegra de haber obtenido, o lamenta haber perdido, tanto más tolerable le parece soportar lo que es menos para sufrir, que aquello para disfrutar. Porque lo que sea, es de la criatura, cuya conocida es la voluptuosidad. De alguna manera, por un contacto y conexión familiar para experimentar su dulzura, la criatura amada se adhiere a la criatura amante.

#### CAPÍTULO XXV.

22. La buena voluntad no es sino de Dios. Pero la voluptuosidad del Creador, de la cual está escrito: "Y los saciarás del torrente de tus delicias" (Salmo XXXV, 9), es de un género muy diferente: pues no es, como nosotros, una criatura. A menos que su amor nos sea dado desde allí, no hay de dónde pueda estar en nosotros. Por lo tanto, la buena voluntad, con la que se ama a Dios, no puede estar en el hombre, a menos que Dios opere en él el querer (Filipenses II, 13). Esta buena voluntad, es decir, la voluntad fielmente sometida a Dios, la voluntad encendida por la santidad del ardor supremo, la voluntad que ama a Dios y al prójimo por Dios; ya sea por amor, del cual responde el apóstol Pedro: "Señor, tú sabes que te amo" (Juan XXI, 15); ya sea por temor, del cual dice el apóstol Pablo: "ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor" (Filipenses II, 12); ya sea por gozo, del cual dice: "gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Romanos XII, 12); ya sea por tristeza, de la cual dice que tuvo gran tristeza por sus hermanos (Romanos IX, 2): cualquiera que sea la amargura y aspereza que sufra, es la caridad de Dios, que todo lo soporta (I Corintios XIII, 7), que no se difunde en nuestros corazones sino por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V, 5).

#### CAPÍTULO XXVI.

La paciencia de los piadosos es un don de Dios. ¿Es laudable la paciencia de los cismáticos por Cristo? Por lo tanto, sin duda alguna, así como la caridad de los que aman santamente, así la paciencia de los que soportan piadosamente es un don de Dios. Pues la Escritura divina no engaña ni es engañada, que no solo en los libros antiguos tiene testimonios de esta cosa, cuando se dice a Dios: "Tú eres mi paciencia" (Salmo LXX 5); y, "De Él es mi paciencia" (Salmo LXI, 6); y donde otro profeta dice que recibimos el Espíritu de fortaleza: sino que también en las cartas apostólicas se lee: "Porque a vosotros os es concedido por Cristo, no solo que creáis en Él, sino también que sufráis por Él" (Filipenses I, 29). Por lo tanto, no debe enorgullecerse como si fuera de su propia cuenta lo que escucha que le ha sido dado.

23. Pero si alguien que no tiene caridad, que pertenece a la unidad del espíritu y al vínculo de la paz, con el cual la Iglesia católica está congregada y conectada, estando en algún cisma, sufre tribulaciones, angustias, hambre, desnudez, persecución, peligros, cárceles, cadenas, tormentos, espada, o llamas, o bestias, o incluso la cruz por temor al infierno y al fuego eterno, de ninguna manera estas cosas deben ser culpadas, sino que esta paciencia debe ser alabada. No podemos decir que sería mejor para él negar a Cristo y no sufrir nada de lo que sufrió confesándolo; sino que se debe considerar que tal vez su juicio será más tolerable que si hubiera evitado todo eso negando a Cristo: para que lo que dice el Apóstol: "Si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (I Corintios XIII, 3); se entienda que no sirve para obtener el reino de los cielos, sino para soportar un juicio final más tolerable.

## CAPÍTULO XXVII.

24. ¿Es esta paciencia de ellos un don de Dios? Pero puede preguntarse con razón si esta paciencia también es un don de Dios, o si debe atribuirse a las fuerzas de la voluntad humana, por la cual alguien separado de la Iglesia, no por el error que lo separó, sino por la verdad del sacramento o de la palabra que quedó con él, sufre penas temporales por temor a las penas eternas. Pues hay que tener cuidado de que, si decimos que esta paciencia es un don de Dios, aquellos en quienes está presente también se crean que pertenecen al reino de Dios: pero si negamos que es un don de Dios, nos veremos obligados a admitir que puede haber algo bueno en la voluntad del hombre sin la ayuda y el don de Dios. Pues no se puede negar que es bueno que un hombre crea que será castigado con un castigo eterno si niega a Cristo, y por esta fe soporte y desprecie cualquier castigo humano.

25. Por lo tanto, así como no se puede negar que esto es un don de Dios, así también se debe entender que hay otros dones de Dios para los hijos de aquella Jerusalén, que es libre y es nuestra madre.

## CAPÍTULO XXVIII.

Los dones de los hijos herederos y los dones de los hijos desheredados son diferentes. (Estos son, por así decirlo, hereditarios, en los cuales somos herederos de Dios, coherederos con Cristo); pero otros pueden ser recibidos incluso por los hijos de las concubinas, a quienes se comparan los judíos carnales y los cismáticos o herejes. Aunque está escrito: "Echa fuera a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac" (Gálatas IV, 26, 30, y Génesis XXI, 10); y Dios le dijo a Abraham: "En Isaac te será llamada descendencia" (Génesis XXI, 12, y Romanos IX, 7 y 8): lo cual el Apóstol interpretó diciendo: "Es decir, no los que son hijos de la carne son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia" para que entendamos que la descendencia de Abraham según Isaac pertenece a los hijos de Dios, que son el cuerpo de Cristo y miembros,

es decir, la única, verdadera, genuina, católica Iglesia de Dios, que mantiene la fe piadosa; no la que opera por exaltación o temor, sino la que opera por amor (Gálatas V, 6): sin embargo, incluso cuando Abraham despidió a los hijos de sus concubinas de su hijo Isaac, les dio algunos dones, para que no quedaran completamente vacíos, no para que fueran considerados herederos. Así leemos: "Pero Abraham dio todo lo que tenía a Isaac su hijo; y a los hijos de sus concubinas Abraham les dio dones, y los envió lejos de Isaac su hijo" (Génesis XXV, 5, 6). Si, por lo tanto, somos hijos de la Jerusalén libre, entendamos que hay diferentes dones para los desheredados y para los herederos. Estos son los herederos, a quienes se dice: "Porque no habéis recibido el espíritu de esclavitud para volver al temor; sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos, Abba, Padre" (Romanos VIII, 14-17).

## CAPÍTULO XXIX.

26. La recompensa eterna de la paciencia de los pobres de Cristo. Clamemos, pues, con el espíritu de caridad, y hasta que lleguemos a la herencia en la que siempre permaneceremos, seamos pacientes con amor liberal, no con temor servil. Clamemos, mientras seamos pobres, hasta que seamos enriquecidos con esa herencia. Porque hemos recibido grandes promesas de allí, ya que para enriquecernos, Cristo se hizo pobre, y cuando fue exaltado a las riquezas celestiales, fue enviado el Espíritu Santo para inspirar deseos santos en nuestros corazones. De estos pobres que aún creen, que aún no contemplan; que aún esperan, que aún no poseen; que aún suspiran con deseo, que aún no reinan con felicidad; que aún tienen hambre y sed, que aún no están saciados: por lo tanto, la paciencia de estos pobres no perecerá para siempre (Salmo IX, 19): no porque también allí habrá paciencia, donde no habrá nada que soportar; sino que no perecerá, se dice, porque no será infructuosa. Tendrá un fruto eterno, por lo tanto, no perecerá para siempre. Porque quien trabaja en vano, cuando la esperanza por la cual trabajaba lo decepciona, con razón dice: "He perdido tanto trabajo": pero quien llega a las promesas de su trabajo, dice con alegría: "No he perdido mi trabajo". Por lo tanto, se dice que el trabajo no pereció, no porque permanezca perpetuo, sino porque no se ha derramado en vano. Así también la paciencia de los pobres de Cristo, pero de los herederos que serán enriquecidos por Cristo, no perecerá para siempre: no porque también allí se nos ordenará soportar pacientemente, sino porque por lo que aquí hemos soportado pacientemente, disfrutaremos de la bienaventuranza eterna. No pondrá fin a la felicidad sempiterna, quien dona la paciencia temporal a la voluntad: porque ambos dones han sido dados a la caridad donada.